

1898: Apuntes sobre la diplomacia internacional y la opinión pública

INGRID SCHULZE SCHNEIDER
Universidad Complutense de Madrid

ESPAÑA EN EL CONTEXTO EUROPEO DE 1898

A finales del siglo XIX, el imperialismo de las potencias europeas se desarrolló en medio de intensas conmociones y conflictos internacionales. Según el profesor Jover, buena parte de los territorios entonces repartidos pertenecían a antiguas potencias coloniales que habían llevado a cabo su expansión mundial en etapas históricas anteriores, y que carecían ahora del poderío material necesario para mantener su dominio sobre sus posesiones, en un momento en que los dueños del mundo eran otros. Por estas razones, aquellas se veían obligados a retirarse de sus colonias —por la fuerza o mediante acuerdo— frente a la amenaza exterior¹. Especialmente las naciones jóvenes, recién llegados al sueño imperial, harían todo lo posible por obtener siquiera un pedazo pequeño de los flecos coloniales así liberados, que serían redistribuida entre los más fuertes.

Esta era la situación de España en el fatídico año de 1898. Para no dejar lugar a dudas, el Primer Ministro británico lord Salisbury pronunció el 4 de mayo, sólo tres días después del hundimiento de la escuadra española en Filipinas, un rotundo discurso en el Albert Hall de Londres que, de hecho, supuso la sentencia de muerte para el colonialismo español.

Salisbury dividió al mundo en dos grupos, por un lado las *living nations*, pueblos vigorosos, cuyo poder e influencia en el mundo se hallaba en una curva creciente; y, por otro, las naciones moribundas, *dying nations*, cuyo esplendor perteneció al pasado y cuya decadencia era manifiesta. Traducidas las teorías evolucionistas de Darwin a las Ciencias Políticas, ello significaba que pueblos antaño poderosos, entre los cuales se encontraba España, tenían que ceder su lugar privilegiado en el concierto internacional a países ahora mejor dotados. Inherente a esta tesis era la superioridad de los pueblos anglosa-

¹ M.ª Dolores Elizalde: «España en el reparto del mundo», en *Memoria del 98, Colección El País*, pp. 170-171.

jones y germánicos sobre los latinos, supuestamente atados por la religión católica a sistemas educativos caducos que impedían su modernización. El inicio de este proceso se produjo con la guerra franco-prusiana de 1870.

Algunos pensadores españoles compartían la siniestra opinión del Premier inglés respecto a la decadencia española, y habían iniciado ya la búsqueda afanosa de posibles vías de regeneración; búsqueda que se intensificaría a partir de la humillante derrota frente al gigante norteamericano. Otros, encabezados por los redactores de los periódicos de mayor circulación se empeñarían, por el contrario, en proclamar desde el comienzo del conflicto las excelencias de los hidalgos hispanos en comparación con los *mercachifles yankees*². Pero la importancia de las palabras de Salisbury residió no tanto en el juego dialéctico provocado por su discurso entre partidarios y enemigos del pensamiento positivista de la época, como en la actitud de las potencias internacionales, que encontraron en aquellas una magnífica justificación de los males de España, del todo ajenos a su incumbencia.

En los años anteriores al 98, España había intentado —infructuosamente— convertir la cuestión cubana en un asunto internacional. La prensa hispana no se cansó de repetir de que su solución competía a toda la comunidad internacional, recordando épocas de comienzos del siglo, cuando los acuerdos del Congreso de Viena lograron no impedir, pero sí aplazar largamente las revoluciones en el viejo continente. Las apelaciones españolas se dirigían —según las circunstancias— o bien a las *naciones latinas* como Francia o a las potencias centro-europeas, dejando expresamente a Inglaterra fuera del círculo de amigos.

LA CAMPAÑA A FAVOR DE LA GUERRA

Tras el hundimiento del *Maine* el Gobierno español intensifica sus esfuerzos por hallar aliados entre sus vecinos europeos, en tanto que la prensa pone —en ambos lados del Atlántico— su grano de arena para aumentar la tensión. Los periódicos sensacionalistas de Estados Unidos se adelantan, incluso, a la declaración oficial de guerra. El 25 de febrero de 1898, el *Journal* de Hearst denuncia con estas palabras a los hombres de negocios reacios a compartir su entusiasmo bélico:

«Cochinos ciudadanos eminentemente respetables que, por tener dólares en el comedero de su pocilga, apoyan a los periódicos conservadores»³.

Entretanto, en Europa se mantiene aún la esperanza de hallar una solución pacífica. *Le Figaro* proclama en París su convicción de que la campaña de

² Javier Moreno Luzón: «La nación moribunda» en *La Memoria del 98*, pp. 174-175.

³ Cita de Javier Figuero et. al. en «El año en que España perdió su imperio», *El Mundo* 25 de febrero de 1998.

agitación de una parte de la prensa norteamericana «no producirá efectos en la clase ilustrada» del país, y que el informe oficial demostrará que la explosión del *Maine* fue un accidente fortuito. Por el contrario, el *Daily Mail* de Londres es menos optimista y señala la extrema gravedad de la situación.

En España, el tono agresivo de la prensa aumenta poco a poco. Al tiempo que se desvanece la confianza, de que McKinley sea capaz de imponer su criterio moderado, los periódicos empiezan a clamar por una intervención armada. El 25 de febrero *El País* escribe:

«El problema cubano no tendrá solución mientras no enviemos un Ejército a Estados Unidos».

El mismo día *El Imparcial* pregunta en voz alta:

«¿Piensa el Gobierno español seguir de brazos cruzados mirando cómo los insurrectos se niegan a presentarse, cómo pelean los autonomistas en La Habana, cómo nos humilla a diario Estados Unidos y cómo mueren sin la menor ventaja para la Patria y sin la más pequeña esperanza de triunfo los soldados españoles? (...) ¿Hasta cuando va a tolerar la pasividad del Gobierno la agonía de la nación?»⁴.

Aún antes de conocer el dictamen oficial de la comisión norteamericana sobre las causas de la explosión del *Maine*, se generaliza en la prensa hispana la convicción de que no hay vuelta atrás posible:

El Tiempo: En estos momentos tiene el Ministerio del Sr. Sagasta la prueba más completa de que la opinión alarmada y todo como se halla, no opone el menor obstáculo a las gestiones del Gobierno y se encuentra dispuesta a secundarle cuanto haga falta, confiando en que ha de ser diligente en su defensa y en el mantenimiento de su honor y de sus derechos».

El Globo: «El Gobierno liberal está perfectamente resuelto a hacer frente a los acontecimientos, sean los que fueren; para ello está en mejores condiciones que cualquier otro que se formara».

La Epoca: «Confiada en su derecho y en la corrección irreprochable de su conducta, España no por eso perderá la serenidad en la crisis pendiente. Tiene de su parte la opinión del mundo».

Heraldo de Madrid: «Si hemos de apelar al quijotismo, hagámoslo antes de que nos tomen mano y vez los yanquis».

El Correo español: «Esta nación de héroes y de mártires, de caballeros y de cristianos, es hoy como ayer la España de las grandes conquistas y de las grandes revoluciones, la España de Lepanto y del Dos de Mayo».

La Correspondencia Militar: «Todo debe aceptarse menos que se pisotee nuestro honor y se burle de nuestra paciencia ese pueblo de mercaderes que todo lo fia a sus millones»⁵.

⁴ Idem:

⁵ Antología citada por Javier Figueró et. al., o.c., 24 de marzo de 1998.

Cuando el embajador americano en Madrid, Woodford, reitera a *La Epoca* (25 de marzo) la voluntad de paz de McKinley, Sagasta reacciona visiblemente molesto a sus afirmaciones, precisando a los periodistas que el Gobierno español «ha llegado hasta donde podía llegar,» y que España solicitará el consejo de las grandes potencias.

EL ARBITRAJE RECHAZADO

Enterado de los propósitos del gobierno español, a finales de marzo el Papa León XIII, padrino de don Alfonso XIII, se declara dispuesto a actuar como mediador entre las dos potencias. El secretario de Estado, cardenal Rampolla comunica este ofrecimiento al embajador de España ante la Santa Sede, Alfonso Merry del Val. Ofrecimiento que será discutido el 3 de abril en Madrid por el Consejo de Ministros. A pesar de que la mayoría de los dignatarios es favorable a aceptar la mediación, se oponen a ella con vehemencia los Ministros de Fomento, Conde de Xiquena, y de la Guerra, General Correa, amenazando incluso con su dimisión en caso de ser aprobada.

Lo cierto es, que toda la prensa española, informada desde días atrás del asunto, había rechazado ya con duras palabras la posibilidad de llegar a un acuerdo negociado. Pedro Gómez Aparicio cita como ejemplo del raro unísono de los periódicos hispanos las siguientes manifestaciones emitidas por diarios de todas las ideologías, desde la ultra derecha hasta la extrema izquierda:

El Siglo Futuro (extrema derecha):

«Cuando un pueblo extraño atropella e insulta a España, aunque ese pueblo fuese un pueblo de héroes y caballeros y no de yankees, y aunque fuese invencible e incontrastable, España no va a guarecerse en los sagrados hábitos del Santísimo Padre: España va a defender su bandera y a clavarla en el corazón de su agresor o a morir envuelto en ella».

El País (extrema izquierda):

«Impongamos al Gobierno el decoro y la vergüenza. Dígasele respetuosamente al Papa que, puesto que pasó la Semana Santa, ya no tiene por qué interponer sus rezos entre yankees y españoles. Dígaseles a las potencias que España se basta y sobra para acabar con la República americana, que ya tiene hechos todos los gastos que origina la guerra, problema que preocupa justamente a un pueblo pobre, y que en lo futuro la guerra le saldrá de balde, pues el dinero está en los barcos del comercio norteamericano, en las llanuras de la Florida y Tejas, y en Nueva Orleans o Boston».

El Ejército Español (político militar liberal—fusionista):

«Tal vez se juzgue antipatriótico y anticatólico si decimos que en el fondo experimentaríamos gran satisfacción en que fracasaran los buenos deseos del Papa, y decimos esto porque tenemos la evidencia de que el problema de Cuba ha creado tal sedimiento de odios entre españoles y norteameri-

canos, que toda reconciliación será aparente y retoñará de nuevo tan pronto se presente ocasión..A pesar de su buena voluntad, estén seguros nuestros compatriotas de que el Santo Padre, con las mejores intenciones, nos haría un flaco servicio»⁶.

El tono apasionado y absolutamente irracional empleado por estos y otros periódicos contrarresta negativamente los esfuerzos de Sagasta por hallar aliados para la causa española.

LA VOLÁTIL SOLIDARIDAD EUROPEA

Las repuestas de las naciones europeas fueron evasivas y poco alentadoras. El embajador español en París, Fernando León y Castillo informó a la Regente de que Francia apoyaba a España, pero que su Gobierno no iba a tomar ninguna iniciativa ante las potencias. Según palabras del embajador, la propia Emperatriz Eugenia le había asegurado, que en dos ocasiones intentó intervenir a favor de España ante la Reina Victoria de Inglaterra, una vez por escrito y otra, de palabra, pero sin éxito. En el primer caso, la soberana británica contestó a la carta sin aludir al tema; en el segundo, simplemente cambió de conversación.

A juicio de León y Castillo, la persona idónea para encabezar una *demarche* de las naciones europeas era el Emperador Francisco José de Austria. Siguiendo su consejo, María Cristina telegrafió a su augusto pariente, y éste acudió en su ayuda solicitando a las potencias una acción colectiva para impedir que Estados Unidos declarase la guerra a España⁷.

Las negociaciones se vieron enturbiadas por el ultimatum de los Estados Unidos exigiendo a España que pusiera fin al caos imperante en Cuba (29 de marzo). A pesar de ello, el 7 de abril una delegación compuesta por los embajadores europeos solicitó al gobierno de Washington la reanudación de las negociaciones con España. La nota entregada al presidente McKinley decía:

«Los representantes que abajo firman, debidamente autorizados para dirigir en nombre de sus gobiernos el presente llamamiento a los sentimientos de humanidad y moderación del presidente y del pueblo americano en sus desacuerdos actuales con España, esperan con interés que nuevas negociaciones contribuirán a un acuerdo que, al asegurar el mantenimiento de la paz entre ambas potencias, dará todas las garantías necesarias al restablecimiento del orden en Cuba»⁸.

⁶ Pedro Gómez Aparicio: Historia del Periodismo español. De las guerras coloniales a la Dictadura, pp. 44-45.

⁷ Javier Figuro et. al, o.c., 25 de marzo de 1998.

⁸ Idem, 8 de abril de 1998.

Dos días más tarde, los representantes de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Austria-Hungría se pronunciaron también en Madrid a favor de la oferta papal de asumir el papel de sumo árbitro para evitar un derramamiento de sangre en Cuba. Pero a causa de la opinión pública hostil y de las disensiones dentro del propio Gobierno español, éste se avino únicamente a publicar el día 11 de abril una «suspensión de hostilidades por el tiempo que estime prudencial para preparar y facilitar la paz». Esta decisión, en palabras de Gómez Aparicio, «caída desde un principio en el vacío, no tuvo finalmente virtualidad alguna»⁹.

Por último, la contestación de McKinley a la misiva de los diplomáticos extranjeros hundió cualquier esperanza de una solución diplomática del contencioso:

«El Gobierno de Estados Unidos reconoce el sentimiento de buena voluntad que inspira la comunicación amistosa de las potencias expuesta en su solicitud, y comparte la esperanza en ella manifestada de que el resultado de la situación actual sea el mantenimiento de la paz entre Estados Unidos y España, conseguido con la ayuda de las garantías necesarias para el restablecimiento del orden en Cuba, poniendo término al estado crónico de perturbación en la isla, que causa tanto perjuicio a los intereses y pone en peligro la tranquilidad de la nación americana por la naturaleza y las consecuencias de la lucha a nuestras puertas, y que subleva, además, los sentimientos de humanidad de la nación. El Gobierno aprecia el carácter humanitario y desinteresado de la comunicación de las potencias y está convencido de que éstas apreciarán los esfuerzos desinteresados y sinceros de Estados Unidos para cumplir un deber de humanidad poniendo término a una situación cuya prolongación indefinida se ha hecho insostenible»¹⁰.

La negativa de los Estados Unidos a reconsiderar su postura tuvo el efecto de un jarro de agua fría sobre las monarquías europeas. La primera reacción fue la retirada inglesa del grupo de intermediarios. Londres prohibió a su Embajador la participación en cualquier iniciativa que pudiera ser considerada por Washington como injerencia en sus asuntos internos. La actitud inglesa desencadenó, a su vez, la marcha atrás del Gobierno de Berlín, que había vinculado su apoyo a una acción conjunta con Inglaterra¹¹. En definitiva, la ofensiva diplomática había fracasado, y la solidaridad con la Reina Regente de España proclamada inicialmente por las monarquías europeas, se diluyó en un ¡salvese quien pueda!, conscientes de que había llegado el momento de preparar la participación en el futuro reparto del botín, después de una guerra, que ya se consideraba inevitable.

⁹ Gómez Aparicio, o.c., p. 45.

¹⁰ Cita de Javier Figuero, o.c., 8 de abril de 1998.

¹¹ Irene del Valle Deissler, *Spanien und die europäischen Staaten im Spiegel der Presse 1885-1898*, p. 182.

EL PAPEL DE LA PRENSA

Es sabido, que la prensa ha jugado un papel muy importante en el desarrollo de la guerra de Cuba. Desde el inicio del periodismo de masas, que se sitúa precisamente a finales del siglo XIX en Norteamérica y en Europa, los periódicos sensacionalistas habían aprovechado cualquier conflicto bélico para aumentar sus tiradas. En el caso de Cuba, la pericia de William Randolph Hearst y de Joseph Pulitzer en este campo elevaron el tono de las campañas contra España a un nivel nunca visto con anterioridad¹².

También la prensa española hizo gala de una irresponsabilidad absoluta agravada por el desconocimiento, tanto de la fuerza militar de los Estados Unidos, como de la situación real de Cuba. M.^a Cruz Seoane cita las palabras de Maeztu, según las cuales la prensa había lanzado a los españoles a la guerra con Estados Unidos, o cuando menos no había hecho nada para evitarla, «suponiendo que pervivía en el país el espíritu del Cid Campeador y el concepto calderoniano del honor». Había faltado a su deber de «suplir, con informaciones concienzudas, la ignorancia de nuestras clases gobernantes, formadas de leguleyos y oradores, respecto de las fuerzas navales de la República norteamericana y de las causas determinantes de las insurrecciones cubanas»¹³.

A estas graves acusaciones se suman otras, que señalan el daño directo que las indiscreciones sobre movimientos militares hicieron a la propia campaña bélica, en parte debida a la ausencia de una política oficial clara en materia informativa. Según Gómez Aparicio, «esta irregular conducta informativa suministraba a los Estados Mayores norteamericanos los elementos de orientación más valiosos. Citando un «suelto» del *Imparcial* el autor afirma :

«Sigue el Gobierno deteniéndose telegramas completamente inocentes y en muchos casos perjudiciales a la causa de nuestros enemigos. Entre tanto, todos los días tenemos el disgusto de leer en el *Herald* de Nueva York, edición de París, despachos que las autoridades españolas dejan circular libremente en daño de la Patria. Particularmente desde Valencia y Cádiz, telegrafían al *Herald* un día sí y otro también cuantos pormenores sobre movimiento de barcos y tropas y cuantas noticias de operaciones de guerra puedan aprovechar a los norteamericanos»¹⁴.

Aunque el 14 de julio se suspenderán en todo el país las garantías constitucionales, lo cual significaba la censura militar de la prensa española, el *New York Herald* pudo mantener, incomprensiblemente, corresponsales con libertad de movimientos y de transmisión vía París, en Madrid, Barcelona, Valencia,

¹² Véase al respecto la obra clásica de Bermeosólo, *El origen de la prensa amarilla*, y la más reciente de Julián Companys, *La prensa amarilla norteamericana en 1898*.

¹³ María Cruz Seoane: «El desastre en los diarios españoles», en *Memoria del 98*, p. 138.

¹⁴ Gómez Aparicio, o.c., p. 49-50.

Coruña, Cádiz, Tarifa y Algeciras, «es decir en los puntos más aptos para una información periodística que pudiera trocarse en espionaje»¹⁵.

Los informes de la prensa europea se convirtieron en una fuente importante para los periódicos españoles, que basaron en ellos gran parte de sus artículos de opinión. Pero ni la lectura de las observaciones extranjeras ni el desastroso desarrollo de las acciones bélicas impusieron a los diarios hispanos una visión más realista del conflicto. Podemos leer todavía el 20 de julio de 1898 en la *Epoca*, que los norteamericanos y su Presidente querían la guerra y la anexión de Cuba desde muchos años atrás, fundamentalmente «porque los *yankees* odiaban a España por su pertenencia a la raza latina y su fidelidad a la religión católica»¹⁶.

Después de la derrota final, las naciones europeas serían duramente reprendidas por el periódico conservador, que les acusó de haber abandonado España a su suerte y de haberla convertido en víctima del más desconsiderado *bandidaje* internacional, impidiendo con sus «intereses mezquinos» que los españoles pudiesen seguir ejerciendo su «sagrada misión civilizadora de los europeos en ultramar»¹⁷.

Aunque el tono de la *Epoca* es demasiado teatral, no anda del todo descaminado, al menos en la primera parte de su afirmación. Tras la etapa inicial de simpatía con la causa española, la diplomacia y la prensa europeas, especialmente de Inglaterra, Alemania y Francia cambiarán completamente de rumbo para congraciarse con el vencedor.

LOS INTERESES MANDAN

La guerra abierta entre España y Estados Unidos provoca necesariamente una recomposición del equilibrio internacional de fuerzas y, especialmente, Inglaterra, Francia y Alemania están pendientes de la evolución del conflicto en ultramar, ansiosos por adaptar, oportunamente, su postura política al desarrollo de los acontecimientos.

1. Inglaterra

Inglaterra simpatizaba claramente con su «gran hermano anglosajón», y no escondía en absoluto sus sentimientos. Después de su distanciamiento de las demás naciones europeas en el mes de abril y el discurso de Salisbury del 4 de mayo, tanto la diplomacia como la prensa del Reino Unido hacían causa común con los norteamericanos. Unos días más tarde, el Primer Ministro británico, Chamberlain,

¹⁵ Idem, p. 50.

¹⁶ Cita de del Valle Deissler, *o.c.* p. 201.

¹⁷ *La Epoca*, 10 de noviembre de 1898.

se pronunció en un discurso en Birmingham oficialmente a favor de una alianza con Norteamérica para acabar con el aislamiento británico en Europa.

En justa correspondencia, los periódicos españoles trataban a Gran Bretaña con ira y rencor. El *Imparcial* reaccionó enérgicamente contra el calificativo de «*Dying Nation*», señalando que el rechazo de un acuerdo humillante de España con los Estados Unidos era la mejor muestra de la vitalidad de la nación. Entretanto, el *Times* inglés, para no dejar lugar a dudas sobre su postura, había introducido en sus páginas una sección regular sobre las «relaciones anglo-americanas». El prestigioso diario mantiene corresponsales en Cabo Verde, en Cuba, Nueva York, París y Madrid y publica — generalmente sin ofrecer una visión de conjunto— la evolución de los acontecimientos a través de las crónicas de sus colaboradores. Aunque éstos no suelen aplaudir abiertamente las actuaciones del Gobierno norteamericano, emplean con frecuencia un tono desdeñoso e irónico sobre las medidas adoptadas por el Gobierno español. Las caricaturas que la prensa inglesa ofrece a lo largo del conflicto sobre España y su administración de Cuba, ofrecen el mejor testimonio de los sentimientos pro-americanos de la opinión pública británica.

Detrás de tanta muestra de amistad con su ex-colonia, Londres abriga un firme propósito: participar en la redistribución de las colonias españolas tras la finalización de la contienda e impedir, al mismo tiempo, que otros rivales puedan hacerle sombra. De esta manera logrará, por ejemplo, que Washington se anexionara las Islas Filipinas antes de dejar que cayesen en manos de Alemania.

2. Francia

Al comienzo de la contienda hispano-norteamericana, la prensa española se había hecho eco de la preocupación de su gobierno, de que los norteamericanos no se conformarían con adueñarse de las colonias españolas sino que, una vez obtenidas éstas, seguirían su expansión por el Mediterráneo afin de conquistar las Islas Canarias, las Baleares y Ceuta. Este peligro, aunque más imaginario que real, suscitó también intranquilidad en los demás países europeos, especialmente en Francia. París se sentía amenazado por el acercamiento de las potencias anglosajonas y quería fortalecer su influencia en la Península ibérica para contrarrestar el predominio inglés sobre Gibraltar y en Marruecos. De ahí que aprovechó la soledad de España para ofrecerle su apoyo diplomático. Los periódicos de ambos países rivalizan en piruetas retóricas subrayando que les unen más de ochenta años de amistad, libres de enfrentamientos. La *Epoca* puntualiza al respecto con orgullo, que España se ha movido hasta mediados del siglo XIX exclusivamente en la órbita de la «hermana francesa», sin ocuparse de otros países¹⁸. París es asimismo «el medio español de comunicación

¹⁸ La *Epoca*, 20-8-1898, cita de I. Deissler.

con Europa y el mundo». Ciertamente, la agencia francesa de noticias Havas mantenía desde 1870 el monopolio informativo sobre la información extranjera española, tanto de salida como de entrada. Lo curioso es que, lejos de preocupar al periódico español, este hecho le parece, por el contrario, una firme garantía de amistad¹⁹.

El *Imparcial* de Madrid es menos eufórico que su colega madrileño referente a la relación con Francia. Aunque juzga favorablemente el acercamiento a la nación vecina, critica duramente su alianza con Rusia que obligará a París a hacer causa común con el Zar en los Balcanes.

Entre la prensa francesa cabe destacar *Le Figaro*, que expresa a lo largo de todo el conflicto su simpatía para la causa española. Al principio del mismo, su redactor Denis Guibert denuncia vehementemente los deseos bélicos de los Estados Unidos, convirtiéndose incluso en el defensor del «honor español». Una vez iniciado el enfrentamiento armado, el periódico destinará un creciente número de comentaristas y corresponsales a cubrir su desarrollo. Entre los primeros destacan Marc Landry y Pierre Loti, el gran cronista de ambientes. Este tratará en repetidas ocasiones con gran simpatía la figura de la Reina Regente. Loti pertenece al pequeño grupo de extranjeros que asumen la teoría de la comunidad mediterránea, alegando, por ejemplo, que españoles y franceses comparten «la vieja alegría latina», que no impide a los madrileños divertirse a pesar de los difíciles momentos por los que pasa España²⁰.

Madrid agradecerá los gestos de amistad, reflejados en la gran mayoría de la prensa gala, eligiendo un intermediario francés para las conversaciones preliminares al protocolo de Washington y a París como lugar para las negociaciones de paz.

3. Alemania

Aunque las simpatías populares de los alemanes estaban al lado de España en su lucha contra los poderosos Estados Unidos de América²¹, el jefe de la marina germana, Almirante Eduardo von Knorr, recordó, oportunamente, al *Kaiser* «la ineludible necesidad para Alemania de aprovechar cualquier oportunidad brindada por la guerra, para hacerse con una colonia marítima». Guillermo II admiraba profundamente el valor de la Reina española, pero su política exterior ya no estaba basada —como en tiempos del Canciller Caprivi— en la solidaridad con las monarquías europeas. De ahí que no resultase muy creíble la noticia publicada por *La Correspondencia de España* —a raíz de un telegrama recibido de Berlín el 11 de marzo— según la cual el *Kaiser* colocó du-

¹⁹ Del Valle, Deissler, o.c. p. 195.

²⁰ «Espagne traverse une crise grave mais, Madrid, s'amuse malgré tout», *Le Figaró*, 21 de mayo de 1898. Cita de Marta Fajardo, trabajo de curso inédito.

²¹ Vid. Fürst von Bülow, *Deutsche Politik*, p. 47.

rante una comida familiar la cruz de su espada sobre la mesa, diciendo «afirmo que mientras yo sea Emperador de Alemania los yankees no se apoderarán de la isla de Cuba». De hecho, esta información no fue confirmada ni por el Gobierno español ni por los demás periódicos madrileños. Estos califican, por el contrario, la escena de «poco verosímil»²².

La suposición de que, probablemente, se tratase de uno de los habituales gestos grandilocuentes, a los que tan aficionado era el Emperador germano, se vería confirmada, cuando se supo que Guillermo II había enviado los dos navíos *Irene* y *Cormoran* a la bahía de Manila. Sin embargo, los alemanes tuvieron pronto que darse cuenta, que su ocupación del archipiélago no era justificable ante las potencias extranjeras. La mera presencia de los barcos germanos desató una ola de rumores. La diplomacia inglesa denunció ante la Reina española el supuesto plan de Francia y Alemania de apropiarse respectivamente de los Baleares y de Filipinas. Los alemanes, por su parte, sospechaban la existencia de un acuerdo secreto entre España y Francia, según el cual Francia obtendría las islas Filipinas a cambio de su ayuda bélica. Sólo después de un enérgico desmentido del Ministro francés de Asuntos Exteriores, Berlín recobraría la calma.

Entretanto, Alemania contaba ya con siete navíos de guerra en la bahía de Manila, en espera de los acontecimientos. España no se hacía ninguna ilusión sobre una posible intervención de éstos a su favor. Los intereses germanos en la rapiña eran demasiado evidentes. La prensa española apenas menciona el insólito hecho. El *Imparcial* elogia, incluso, la actuación decidida del *Reich* por perseguir sus intereses materiales, ajeno a todo sentimentalismo, en comparación con las habituales «fantasías» de España sobre sus posesiones coloniales. Al mismo tiempo recuerda con nostalgia la situación tan diferente que España vivió en 1885 durante el contencioso de las Islas Carolinas. Entonces, un vigoroso movimiento popular en Madrid, liderado por la prensa, había frenado las ansias de expansión de Bismarck²³.

Las reiteradas muestras de simpatías de los periódicos alemanes a lo largo de la guerra no consiguieron disimular los verdaderos deseos de Berlín. Varios incidentes entre buques de la armada alemana y la norteamericana en la bahía de Manila estuvieron a punto de originar un serio conflicto diplomático entre ambas naciones. Fue entonces cuando Alemania cayó en la cuenta, de que sólo por medio de un acuerdo con Washington podría apropiarse de una parte de las colonias hispanas.

La rapidez con que se desarrolló el enfrentamiento bélico entre la flota norteamericana y la española, tanto en aguas de Filipinas como de Cuba, impidió posteriores negociaciones de Berlín con Washington. Un golpe aún mayor

²² Javier Figuero, o.c. 25 de marzo de 1998.

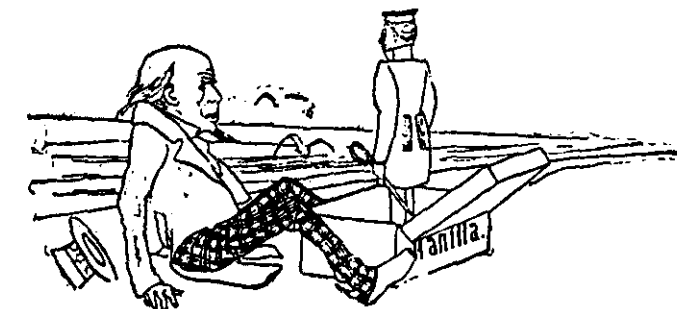
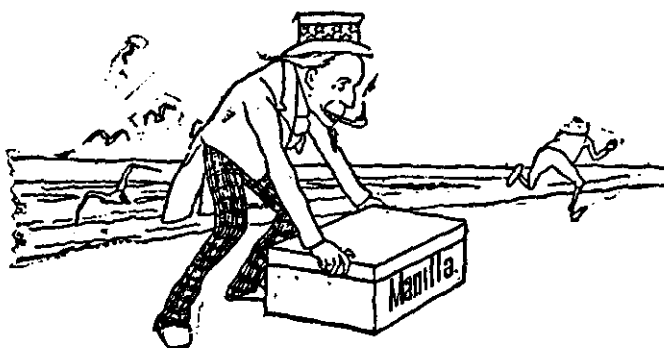
²³ Para mayor información sobre el tema, vid. Schulze Schneider, Ingrid: «El papel de la prensa española en el conflicto de las Islas Carolinas» *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1989, pp. 267-300.



SE REJOIGNANT A TRAVERS LES MERS

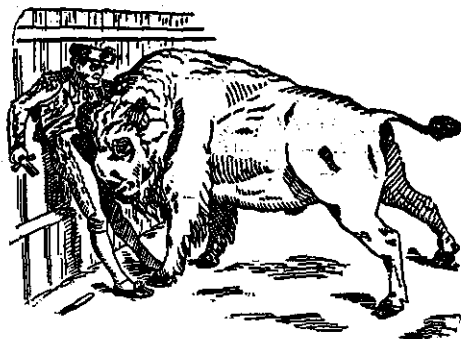
JOHN BULL. — Donnons-nous la main et nous serons les maîtres du monde.

Caricature américaine. — (Judge, de New-York.)



Jonathan, maître de Manille, que lui abandonne l'Espagne. Mais au moment d'ouvrir la boîte de cigares, tant désirée, il en voit sortir, nouveau croquemiteins, un soldat allemand.

Caricature russe. — (Chou, de Saint-Petersbourg.)



TOUCHÉ!

Caricature anglaise. — (Punch, de Londres.)

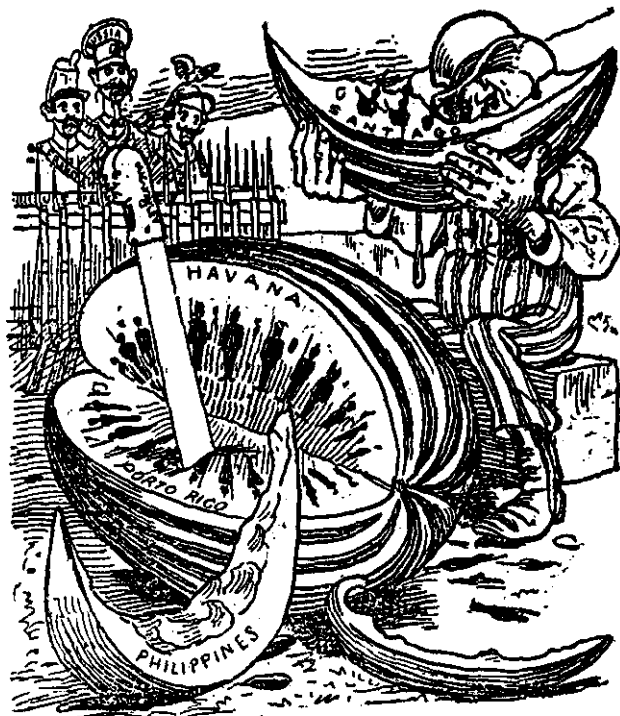


RE-INGESTION

Jonathan, en sa posture favorite, faisant mourir sur le bûcher son ennemi l'Espagnol, après lui avoir fait subir les supplices de l'ancienne Inquisition.

Derrière lui, un Cubain, le pistolet en main, un richard américain et un pasteur distributeur de Bibles.

Caricature française. — (Horaceau Junko, de Budapest.)



ONCLE SAM. — Je ne savais pas aimer le melon (la pastèque) autant que cela !
Derrière, la France, la Russie, l'Allemagne transformées en nègres, genre de caricature affectionné,
des américains, quand il s'agit de ridiculiser les Européens.

Caricature américaine. — (Judge, de New York.)



para los objetivos germanos sería el nombramiento de Francia —por parte de España— como intermediario en las negociaciones de paz²⁴.

Para evitar malentendidos, el Gobierno alemán se apresuró a tranquilizar a los Estados Unidos, asegurándoles que sus aspiraciones respecto a las posesiones españolas se limitaban a obtener el derecho para establecer depósitos de carbón y puntos marítimos de apoyo en algunas islas²⁵. Pero —como ya señalamos— la presión diplomática de Londres sobre el gobierno de McKinley fue decisiva para impedir que Alemania obtuviera siquiera una estación de carbón en Filipinas. Como premio de consolación, Berlín recibió luz verde para la compra de las Carolinas. El Embajador alemán en Madrid Radowitz presentó inmediatamente la solicitud pertinente al gobierno de Madrid. Pero, por temor a que los norteamericanos endurecieran aún más sus ya draconianas exigencias para firmar la paz, la Reina Regente impuso a Berlín un compás de espera. Alemania entraría, finalmente, en posesión de las islas Carolinas —incluyendo las Palaos— el 12 de febrero de 1899, mediante el pago de 25 millones de Pesetas en vez de las 40 millones exigidas en principio.

Entretanto, las esperanzas españolas de preservar, al menos, una parte de las Filipinas no se cumplieron. Tras conocer las exigencias norteamericanas (31 de octubre) de ceder también estas islas a cambio de una pequeña indemnización, el Duque de Almodóvar denunció las «pérfidas y brutales procedimientos de los Estados Unidos» que, en su opinión, contradecían el espíritu del protocolo de Washington. Su nuevo llamamiento a las potencias europeas para intervenir en defensa de España fue recibido por éstas con total indiferencia. Todas se habían pasado a tiempo al bando vencedor.

BIBLIOGRAFÍA

- BERMEOSOLO, F.: *El origen del periodismo amarillo*, Rialp S.A., Madrid, 1962.
 BÜLOW, FÜRST VON: *Deutsche Politik*, Reimar Hobbing Verlag, Berlín, 1917.
 Colección del periódico madrileño *El País*: *Memoria del 98*, El País S.A., Madrid 1997.
 Companys Monclús, Julián: *La prensa norteamericana en 1898*, Ed. Silex, Madrid 1998.
 FIGUERO JAVIER/GARCÍA SANTA CECILIA, Carlos: «1898: El año en que España perdió su imperio», crónica diaria del periódico madrileño *El Mundo* (todavía en curso).
 GÓMEZ APARICIO, Pedro: *Historia del Periodismo Español. De las guerras coloniales a la Dictadura*, Editora Nacional, Madrid, 1974.
 HAVEMANN, Nils: *Spanien im Kalkül der deutschen Aussenpolitik*, Duncker & Humboldt, Berlín, 1997.

²⁴ Sobre el tema de Filipinas, vid. Schulze Schneider, Ingrid: «Alemania y Filipinas en el 98», en *SEECI (Sociedad Española de Estudios de Comunicación Iberoamericana)*, N.º 3 Especial Filipinas, Junio 1998, pp. 45-47.

²⁵ Nils Havemann, *Spanien im Kalkül der deutschen Aussenpolitik*, pp. 384-385.

SCHULZE SCHNEIDER, Ingrid: «El papel de la prensa española en el conflicto de las Islas Carolinas», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo CLXXXVI, Cuaderno II, 1989.

Idem: «Alemania y Filipinas en el 98», en *SEECI (Sociedad Española de Estudios de Comunicación Iberoamericana)*, N.º 3, Especial Filipinas, Junio 1998.

DEL VALLE DEISSLER, Irene: *Spanien und die europäischen Staaten im Spiegel der Presse 1885-1898*, Peter Lang Verlag, Frankfurt, 1995.